

El ecumenismo y los ecumenismos en España*

LUIS RUIZ POVEDA**

Pastor de la Iglesia Evangélica Española

Resumen

La Iglesia Evangélica Española, siendo una de las fundadoras del Consejo Mundial de Iglesias, vivió en su propio país un periodo marcadamente antiecuménico. El autor fue de los que, a fines de los años 50, establecieron los primeros contactos «semiclandestinos» con interlocutores católicos; más tarde participó en la formación del Comité Cristiano Interconfesional, cuyas realizaciones quedan especificadas. Como fruto del ecumenismo en el nuevo siglo, el autor prevé una ética universal que respete los derechos humanos, el medio ambiente y el estado del bienestar.

Palabras clave: Ecumenismo, España.

Résumé

L'Église Évangélique d'Espagne, tout en étant co-fondatrice du Conseil Oecuménique des Églises, a vécu dans son propre pays une période d'un véritable anti-oecuménisme. L'auteur est parmi ceux qui, à la fin des années cinquante, ont établis les premiers contacts quasi-clandestins avec des interlocuteurs catholiques; plus tard il a participé à la création du Comité Chrétien Interconfessionnel, dont les méthodes appliquées sont décrites plus en détail. L'auteur prévoit, comme fruit de l'oecuménisme dans ce nouveau siècle, une éthique universelle qui respecte les droits de l'homme, l'environnement et un état répandu de bien-être.

Mots clés: Oecuménisme, Espagne.

* Fecha de recepción: 30-enero-2001.

** C. Butrón, 20, 28022 Madrid. Tel. 915 703 572, 913 132 464.

Prólogo

En el decreto del ecumenismo (Conclio Vaticano II) se afirma que el problema de las divisiones es contrario a la voluntad de Cristo, obstaculiza la conversión y es piedra de escándalo para los que nos contemplan desde fuera. Y comentando este decreto, mi amigo don Julián García Hernando afirma que «el mundo no cree en Cristo por ver a los cristianos, los predicadores del amor, divididos entre sí. Son el antitestimonio, en lugar de ser una señal levantada entre las naciones.»

Ahora bien, si nos hemos convertido en el «contrasigno» de la verdad, gran parte de la culpa se debe al pecado del desconocimiento mutuo y a la desconfianza que sentimos los unos de los otros. No es extraño que a un católico español, acostumbrado a la organización eclesial jerarquizada y al contenido inamovible de su doctrina, le escandalice la gran variedad de formas de expresar su fe que tienen las iglesias evangélicas. Y no hay que olvidar el gran desconocimiento de su doctrina y de su historia.

El panorama evangélico aparece como algo caótico y sectario, y por el desconocimiento no se llega a distinguir entre un Testigo de Jehová y un protestante reformado. Pero, como afirma Juan Bautista Vilar, en la minoría protestante existen «manifestaciones más o menos exóticas de radicalismo anglosajón, que no deben ser confundidas con el protestantismo propiamente dicho.» Y a este diagnóstico habrá que añadir el sincretismo religioso de algunos movimientos espiritualistas brasileños y su aproximación nigromántica al paganismo, que se encuentran actuando en nuestro país.

La mayoría de estos movimientos representan el antiecumenismo más radical. Ellos forman un ecumenismo intraevangélico con distintos matices: 1º ecumenismo carismático que se practica incluso con la iglesia católica; 2º ecumenismo literalista o fundamentalista, que une a diversas iglesias cuyo fin es el reconocimiento literal de la Biblia, el rechazo de la iglesia católica y ortodoxa y también del Consejo Mundial de Iglesias.

Síntesis histórica

Las iglesias que nos sentimos herederas de la Reforma del siglo XVI, cuya herencia es innegable, al menos en el ámbito teológico, centramos nuestra atención en la llamada Segunda Reforma, porque nos concede el necesario «arraigo», y la carta de ciudadanía española desde hace más de 125 años. Es en el periodo llamado «isabelino», y concretamente en el sexenio revolucionario (1868-1874), cuando se constituye la Iglesia Evangélica Española (reformada). Desde un principio, esta iglesia se consideraba vinculada a la comunidad internacional como grupo de referencia. Y desde la creación del Consejo Mundial de Iglesias (Amsterdam, 1948), del cual fuimos cofundadores, sufrimos la constante paradoja de combinar nuestra vocación ecuménica con el anticatolicismo sociológico de nuestros propios feligreses.

Esto se explica por la dureza extrema de la persecución practicada por el «nacional catolicismo», el maridaje entre la iglesia católica y la dictadura, que situaban a nuestros fieles en la más radical oposición. Para la mayoría de nuestro pueblo cristiano no tenía ningún sentido entablar un diálogo con la iglesia católica. Más aún, a los pastores que allá, por los años 50, iniciamos ciertos contactos ecuménicos semiclandestinos, se nos consideraba como traidores, como infieles al Evangelio.

Inicios del ecumenismo en España

En realidad el ecumenismo intraprotestante lo practicó la Iglesia Evangélica Española siempre en el sentido expresado por Willem Visser 't Hooft, en un artículo publicado antes de la creación del CMI, en 1946: «El ecumenismo no pretende ser una superiglesia, tampoco identificarse con ninguna iglesia ni ser una simple federación de iglesias.» Más tarde, en Amsterdam 1948, nuestra iglesia pasaría a ser cofundadora del Consejo Mundial de Iglesias, y desde esa fecha inició contactos a nivel individual con algunos sacerdotes y monjes en Madrid y Barcelona, que cristalizaron en encuentros semiclandestinos.

Desde el año 1954, y por inspiración del padre Paul Couturier, yo mismo, por parte protestante, y varios laicos católicos, entre ellos Joan Misser, José Desumbila y Joan Gomis, pusimos en marcha el movimiento ecuménico en Barcelona. Eran tiempos muy duros y muy difíciles, como se puede imaginar. Recibimos la visita del Dr Gunnar Rosendal, conocido pastor luterano, amigo personal del padre Couturier, y desde entonces lentamente, silenciosamente, como la levadura escondida, empezamos a leudar la masa del ecumenismo. Celebramos una reunión funcional, a la que, según el propio Desumbila, asistieron cuatro pastores de la IEE, dos laicos de la IERE y seis laicos de la iglesia católica.

Dos años más tarde se programó una visita a Madrid, y los contactos se limitaron a tres conversaciones en el domicilio del anciano pastor Carlos Araujo. Desde entonces se mantuvo una constante relación epistolar.

Progresivo aumento ecuménico

Se sumaron a nuestro incipiente movimiento ecuménico nuevos ecumenistas; entre ellos, algunos monjes de Montserrat y el pastor Dr. Manuel Gutiérrez Marín. Nuestro programa ecuménico consistía en reflexionar juntos sobre diversas cuestiones doctrinales, celebrar el Octavario para la Unidad de los Cristianos, divulgar en nuestros medios la oración por la unidad, cuyos frutos empezaron a verse en la semana de la unidad del año 1956, y que, por primera vez, fue seguida por algunas parroquias católicas, e incluso en la Iglesia Reformada de San Pablo, presidida por mí mismo.

Finalmente, en 1959, el Dr. Pont y Gal, obispo de Segorbe, concedía el «imprimatur» al folleto de la Oración Universal para la Unidad de los Cristianos. Se distribuyeron por toda España 10.000 ejemplares. En esa misma semana histórica adquiría cierto carácter oficial el ecumenismo. Después se fueron añadiendo personalidades más cualificadas y relevantes que nosotros.

Año 1959, valioso para el ecumenismo español

El padre Michalon, continuador de la obra del padre Couturier, fue recibido en Barcelona por la Iglesia Evangélica de San Pablo. Le ofrecimos una cena fraternal, a la que asistieron pastores y laicos católicos. Tuvo también contactos con los monjes de Montserrat y con sacerdotes católicos.

Fue ese mismo año cuando se iniciaron contactos más serios en Madrid, en los que participaban, por parte católica, el profesor José Luis Aranguren y el padre Díaz Alegría, y por parte protestante los hermanos pastores don Carlos y don Elías Araujo. El folleto de la Semana de Oración se amplió a 45.000 ejemplares, y se creó en Barcelona la revista de ciclostil *Orientación e Información Ecuménica*.

Mi traslado a Madrid, a finales de 1960

El traslado a Madrid me permitió continuar los contactos ya existentes e iniciar otros nuevos, aun cuando el trabajo ecuménico era mucho más complicado y difícil que en Barcelona, por las posturas herméticamente cerradas de protestantes y católicos madrileños.

En 1963 el *abbé* Roger Schütz, acompañado de *frère* Robert, me visitó en Madrid, permaneciendo ambos en mi casa dos días. Cambiamos impresiones sobre una posible peregrinación ecuménica por España, del 14 al 31 de marzo. Esa visita nos sirvió de preparación para la Semana de la Unidad de aquel año. Visitaron las iglesias de la IEE y mantuvieron conversaciones con varios obispos católicos.

Unos meses más tarde, y precisamente cuando varios pastores y miembros de distintas iglesias de Madrid nos encontrábamos reunidos en oración en Noviciado 5, aparecieron en el recinto cúllico los sacerdotes José González Prado (del obispado), Manuel Gesteira (profesor del Seminario Diocesano) y José Luis Díez (párroco), pidiéndonos el inicio del diálogo ecuménico. Desde ese mismo día se sucedieron, ininterrumpidamente, los contactos a todos los niveles entre la iglesia católica y las iglesias protestantes abiertas al ecumenismo. Como decía Desumbila: «No pasa semana en la que el epíteto ‘ecuménico’, unido a un acto, una conferencia o unas declaraciones, deje de asomar a los órganos de opinión.»

Creación del Comité Cristiano Interconfesional

Aquel cambio de la iglesia católica en el campo ecuménico era verdaderamente notable. Nos recibían los obispos españoles (que yo recuerde: monseñores Cantero Cuadrado, Morcillo, Guerra Campos y otros). Finalmente estos contactos continuos culminaron con la creación del Comité Cristiano Interconfesional, siguiendo las indicaciones manifestadas a través del Consejo Mundial de Iglesias y del Decreto de Ecumenismo (N 7, 6, d). Este comité mixto estaba compuesto por monseñor Cantero Cuadrado, los padres Sánchez Vaquero, Julián García Hernando y Antonio Albarracín por parte católica; y, por parte protestante, el obispo Ramón Taibo, los presbíteros Busquets y Andrés Puchades, así como los pastores Benito Corvillón, Ignacio Mendoza y Luis Ruiz Poveda.

Desde entonces se inició una gran labor a todos los niveles, especialmente en el diálogo ecuménico. A este comité se debe la versión interconfesional del Nuevo Testamento. El propio don Julián resume este trabajo diciendo: «[El comité] ha estudiado en diversas ocasiones el tema de los objetores de conciencia, del terrorismo; ha propugnado la abolición de la pena de muerte; ha analizado las cuestiones relativas a la libertad religiosa, ha reflexionado sobre las relaciones norte-sur, sobre las bolsas de pobreza; ha cuestionado la Ley española de Extranjería. Se han cuestionado los problemas de la paz, el desarme, la guerra, el hambre y la tortura.»

A estos temas de encuentro y de reflexión ecuménica yo añadiría los específicamente doctrinales, tales como el reconocimiento mutuo del bautismo cristiano, los diálogos sobre el ministerio eclesial, la colegialidad, la eucaristía, la justificación por la fe, etcétera.

El ecumenismo de la acción social

En el campo de los derechos humanos y en su aplicación práctica, en las instituciones de ayuda social a los pobres, los ancianos, los minusválidos psíquicos, los drogodependientes y excluidos sociales, viene practicándose un ecumenismo utilitario y pragmático, sin el más mínimo problema de relación fraternal entre católicos y protestantes. Formamos parte de instituciones como IEPALA y CEAR en España, a nivel nacional, pero pertenecemos también a múltiples ONG, colaborando con ellas a través de nuestras parroquias en todas las autonomías de nuestro país.

En este ecumenismo de la caridad y del amor fraternal hemos avanzado tanto que no encontramos puntos de disensión doctrinal y percibimos una confianza absoluta por ambas confesiones. A modo de ejemplo os diré que en Eurodiaconía trabajamos unidos en un informe solicitado por el Consejo de Europa, el representante de Caritas Española y el de Acción Social Protestante, sobre «La pobreza en España y Europa». Y en lo que se refiere a la ayuda a los refugiados trabajamos juntos, desde hace muchos años, los sacerdotes Carmelo García, Juanjo Rodríguez y yo mismo, contando con la inapreciable contribución del representante de Caritas, don Manuel Herrera.

Recuerdo que en la década de los 80 nuestra parroquia de Málaga ofreció sus salones gratuitamente a «Málaga Acoge», en Ollerías 31; que más tarde se convirtió en el primer Centro de Atención Temporal de CEAR. Actualmente, otras iglesias nuestras han sido transformadas en CAR.

Después de estas experiencias

Nos preguntamos: ¿Qué sentido tiene el ecumenismo? ¿Sólo orar por la unidad de los cristianos? ¿Participar juntos de la eucaristía, como vínculo y sacramento de la unidad de la Iglesia? ¿Dialogar teológicamente sobre aquellos puntos de fricción que nos dividen?

El ecumenismo teológico, desde hace muchos años, trabaja a todos los niveles. Sin tener en cuenta el diálogo permanente que existe, desde 1947, entre la iglesia católica y el Consejo Mundial de Iglesias, os informo que actualmente la iglesia católica está en diálogo permanente con más de cien comisiones mixtas de trabajo con distintas confesiones cristianas. Cito sólo las más importantes, que son la Comisión Internacional Anglicano-Católica, que se ocupa de la eucaristía y de la salvación; la Comisión Internacional Bautista-Católica, que trata de la evangelización a nivel mundial; la Comisión Mixta Evangélico-Luterana y la Iglesia Católica, sobre Martín Lutero y el reconocimiento de los ministerios; el diálogo Metodista-Católico, Ortodoxo-Católico, Pentecostal-Católico, etcétera.

Desgraciadamente el pueblo cristiano no percibe el resultado de este profundo análisis teológico ecuménico; no sé si por falta de interés o porque el contexto social en que vivimos es tan secular que, como decía San Pablo a los romanos: «No percibe las cosas de Dios, porque le son locura.»

La sociedad «sacralizada» de antaño

Nuestros antepasados tenían un sentido de dependencia absoluta de lo divino, y, como consecuencia, de la autoridad de la Iglesia, de la familia, de los gobernantes, de los valores éticos inspirados en el Evangelio, de la escatología, de lo trascendente. Todos estos valores desgraciadamente se diluyen, se difuminan, y van siendo substituidos por otros más laicos, más anárquicos, más impersonales, girando siempre en torno al dios dinero. De la Europa de los mercaderes pasamos a la Aldea global, y de la Aldea global a la mundialización del comercio. Y gracias a ese invento extraordinario de la ingeniería especulativa que ha substituido la ética por los intereses y la cotización bursátil, nos encontramos ante un ecumenismo económico que ha vencido fronteras, culturas, confesiones religiosas, lenguas y razas, y que solamente distingue entre países ricos y países pobres, Jesús, que echó en cara al joven rico el no vender lo que tenía y repartirlo entre los pobres, y Santo Tomás, que condenó la usura y toda forma de especulación económi-

ca, han sido sustituidos por los grandes ejecutivos de las macroempresas del ecumenismo económico.

Dentro de este ecumenismo capitalista, que propugna además un pensamiento único y una idea global, se busca también una ética universal, es decir, comportamientos socialmente responsables que respeten los derechos humanos, la ecología, el medio ambiente y el estado del bienestar. En Estados Unidos y en algunas macroempresas europeas se contratan pastores como asesores en los consejos de administración, para que sus decisiones sean moralmente justas.

Según Vicente Verdú una empresaria protestante de 49 años, norteamericana, ha creado una asociación de 400 empresas «éticas», que luchan contra políticas dictatoriales, contra el abuso de los trabajadores del Tercer Mundo, el medio ambiente, etcétera. Afortunadamente estos movimientos «éticos» proliferan cada día más, todos ellos en busca de una mejor y más justa distribución de la riqueza. Lo mismo sucede con la defensa de los derechos humanos, los emigrantes y las diferencias norte-sur.

Puede que este nuevo ecumenismo, que exige una nueva ética universal, nos haga retornar a nuestros orígenes cristianos, no para lograr una super-iglesia, no para alcanzar una perfección moral evangélica, sino para originar un hombre nuevo y una humanidad nueva en Jesucristo, único capaz de renovar y salvar. «Las cosas viejas pasaron, todas son hechas nuevas.»